

nen muchos defectos que este habil italiano supo corregir en el suyo.

Ahora quiero que me digas, prosegui yo, ¿porque motivo aseguraste que la Margileida es una pieza en que *unus & alter assuitur pannus* porque el Sr. D. Bruno dice que esta proposicion de mas de ser dictada por el antojo, está urdida con mucha malicia, ó poca inteligencia? Valiente pregunta haces, me dijo, cuando solo la definicion del centon justifica lo que tengo dicho; pues no es otra cosa sino: *stragulum ex lana coocta, vel ex variis pannis consultum*, como lo puedes ver en Caton y Columela que dan este nombre à los vestidos de esta naturaleza que usaban los rústicos antiguos. Asi es, le dije yo, y el ropage del célebre Migajón, pordiosero que mil veces vimos en la puerta de esta catedral, no era mas que un centon: de donde me parece fácil percibir la causa de la aplicacion metafórica que se hace de este vocablo para significar cierto género de poesia, compuesto de una misma ó de diversas telas. Asi es con efecto, dijo entonces Virgilio: y por eso es casi imposible que semejantes piezas sean siquiera razonables. En la Margileida à lo menos se han de entretejer versos de tres obras, cada una de diferente caracter, porque mis bucolicas están escritas con aquel estilo humilde que es propio de los pastores; en las geórgicas usè el mediocre que es el acomodado à las composiciones didacticas; para la Eneida necesité todas las influencias de Apolo, toda la asistencia de Caliope, y todo el favor de las otras musas. El estilo de esta es sublime: en ella son pomposas las descripciones; vivas las imágenes; nobles las ficciones: todo es grande; todo escede à la fuerza comun de los mortales. La hermosa madre de Eneas me hubo de prestar su cinto para celebrar à su hijo. Ensarta ahora uno con otro estos tres estilos, y verás si sale ó puede salir un poema único y sencillo: *simplex duntaxat, & unum*. En una palabra la Margileida ni es, ni puede ser un poema épico en toda la eternidad. Efectivamente, añadí yo à esto sin embargo de que el Sr. D. Bruno nos asegura que están *rigorosamente observadas en ella* (no solo por su dictamen, sino por el sentir de varias personas doctas, y que pueden ser voz y voto en la materia.) las reglas de la épica, encuentro que no observa una siquiera. Hazme si no te sirve de molestia, el honor de oír mi modo de pensar sobre este punto, para que si yerro en algo, me corrijas con la libertad que puede hacerlo el gran padre de la épica latina.

Prosigue en hora buena, me respondió, que me agrada mucho un génio dócil, y que sabe sujetarse à la censura de otros. Por epopeya, dije yo entonces, no entiendo cualquiera género de poema, sino, como dice el célebre P. Le Bossú, un discurso inventado artificiosamente para formar las costumbres por medio de instrucciones disfrazadas bajo el velo de las alegorias de una accion importante referida poeticamente, de modo que sea verosímil, deleitable y maravilloso. La accion épica debe ser grande, única, entera, admirable y de cierta duracion. En la Margileida del Sr. D. Bruno es casi imposible que se guarde esta unidad. No escribe una accion: escribe la vida del V. P. Margil; y la vida de un hombre está llena siempre de desigualdades, porque incessantemente se ve obligado à variar sus designios, ó por la inconstancia de sus pasiones, ó por otros varios accidentes imprevistos. La vida de un hombre toda entera no puede acomodarse à las delicadezas de la epopeya. Por este motivo se critica la Aquileida de Stacio (1) y la vida de Sr. S. Josè, escrita en verso por el Maestro Josè Valdivieso (2). El poema épico, dice un sábio escritor, no es lo mismo que una historia, y asi no merecen el nombre de epopeyas, ni la farsalia de Lucano, ni la guerra púnica de Silio Itálico. Si estuviera aqui el Sr. D. Bruno le haria ver ahora en lo que me disgusta el poema del célebre Lucano, y lo obligaria à confesar cuan injustamente me nota de soberbio, cuando tú me dices que tu lectura y la de Homero me han hecho ver con desagrado hasta al mismo Lucano. Le diria que Quintiliano, sagacísimo censor de los ingenios, hablando del autor de la farsalia asegura, que mas bien debe contarse entre los oradores, que entre los poetas: *oratoribus magis, quam poetis adnumerandus*. Le haria ver, que el incomparable Heinneccio en el mismo lugar que recomienda la lectura de Lucano, asegura que no lo hace por su poesia, sino por su agudo modo de decir, pues no ignoraba que se encontraban en este escritor versos muy poco amenos, y algunas veces trágicos furoros (3). No tengo muy lejos à un célebre escritor. ¿Qué digresion es esta, hombre, me dijo aqui Virgilio, que tanto te estrayia del discurso que habias comenzado? Decias que una historia

(1) Diccion. lit. *Achileide*.

(2) Luzan. lib. 4 cap. 4 del Art. poet.

(3) Fundam. Stíl. part. 3, cap. 1, párraf. 8.

no merece el nombre de epopeya. Es verdad le respondí, y en todos los escritores célebres de poetica, como Aristóteles, Le Bossù, Luzan &c. puede ver el Sr. D. Bruno los sólidos fundamentos que acaso no encontraria en las instituciones del P. Rubio, y sabrà que no toda composicion en verso escâmetro que refiera las acciones ilustres de los mas esclarecidos varones, merece el nombre de epopeya, y que para desempeñarse como escritor de la vida del V. P. Margil es preciso que renuncie la empresa de formar un poema épico. ¿Qué es eso de escritor de la vida? dijo entonces el Mantuano; no es una historia: una epopeya es la que tiene prometida. En las páginas 7, lín. 21, y 11 lín. 30 asegura que en su Margileida se han procurado observar las reglas de la épica. En esta última página lín. 23 afirma que su obra es un poema épico, bajo cuya calificación se entiende lo que pudiera prometer en este prospecto. En la misma pág. lín. 7 dice que cada asunto lleva su belleza poetica; espresiones tan llenas de filancia que me admira tenga ànimo semejante escritor para tratarte de *soberbio y de que te pintas muy lindo*. Por lo menos, le respondí yo, no puede presentarme espresiones tan llenas de amor propio en alabanza de alguna obra mia, como las que puedo yo ponerle à la vista, sacadas de su prospecto en elogio de su Margileida. Jamàs he llegado à jactarme de que pueda alguno equivocarse, creyendo mis obras milagrosas, ni me he visto en la necesidad de protestar solemnemente que no lo son. El Sr. D. Bruno dice que su venerable asunto ha obrado uno de sus acostumbrados prodigios... haciéndolo en el modo posible otro Virgilio, ó inmediatamente protesta todo esto no es decir que la obra es milagrosa, ó como hecha por Virgilio; como si pudiera alguno equivocarse sobre este particular. Pero no interrumpamos nuestra conversacion con unas digresiones odiosas. No puedo menos, me dijo él, que hacer aqui otra muy ligera, antes de que sigas tu discurso sobre la épica. Te dice el Sr. D. Bruno, que quisiste conceptuarte de la epopeya margilica por el número y série de los libros que està en el índice del prospecto, y que te engañas mucho. Y apenas puedo creer dije yo à esto, que haya tenido valor para proferir semejante proposicion. Aun cuando yo me hubiera conceptuado de la Margileida por el número y série de los libros, no podia reprehenderme de ningun modo. Todo el mundo sabe que los prospectos no tienen otro fin que el dar una idea de la

obra que anuncian sus autores; y si se registra el de la Margileida, se verá que no hay cosa alguna por donde hacerse juicio de ella que el número y série de estos libros. El centon que nos propone, cuando mas puede ser episodio, y un episodio en que no advierto el menor enlace con la accion, que, como dice, es la predicacion. Mas yo no me regí solo por esto, sino principalmente por la materia de que tratan, y el orden con que se ha de tratar esta materia. Orden que si no observa puntualmente el Sr. D. Bruno, se espone à que todo el mundo le diga que ha faltado à su palabra. Ha de comenzar su poema como lo anuncia el lib. 1, y ha de concluir con la aceptación del V. P. que està anunciada en la secc. 8 del lib. 12. En una palabra ha de durar mas de 43 años su poema. Ha de morir el héroe y ha de hacer cuanto promete en su prospecto, y todo con *belleza poetica*. Mas volvamos à nuestro asunto. El poema épico no puede acabar ni antes ni despues de la accion. Se violaria del todo su integridad, si se adelantase ó retardase la conclusion del poema. Tres cosas, dice un sábio escritor, supone la integridad de una accion épica: la causa, el nudo y el desenredo [1]. Luego que este último se ha verificado se debe concluir el poema. Dices bien, dijo Virgilio, y por eso tuve yo el mayor cuidado de finalizar mi Eneida con la muerte de Turno, que era el único que servia de obstáculo à Eneas para su establecimiento en Italia. Segun eso, le repliqué yo, puedo quitarle à Horacio de la boca el

Indigner quandoque bonus dormitat Homerus;

pues en la conclusion de sus dos poemas no tenemos ya parte alguna de la accion; porque, como dice el Sr. Larrañaga, *la accion de la Iliada acaba mucho antes que los libros, y despues de concludida la de la Ulisea concluye la série de estos*. Se ha equivocado mucho el Sr. D. Bruno, me respondió él, y me indigno de que tú que has leído mas de cuatro veces la Iliada, reproduzcas sus mismas espresiones. El nudo de todo este poema depende del enojo de Aquiles, y de su enemistad con Agamemnon reconciliarse el héroe con este príncipe, y calmarse enteramente su enojo hace el feliz desenlace del poema. La entrega del cadáver de Héctor à Priamo su anciano padre es una prueba decisiva de haberse completamente apagado la cólera del hijo de Tetis,

(1) Discurs. prelim. à las avent. de Telem. en leng. francesa.

y esto se refiere puntualmente en el libro veinte y cuatro y último de la Iliada. La muerte de los sediciosos: el restablecimiento del buen orden, y la tranquilidad en Itaca hacen todo el desenredo de la Odiséa, y dan fin à este perfectísimo poema. (1) La muerte del héroe no se debe referir en la epopeya; mucho menos la cuenta que este dà à su Criador, las essequias y su oracion fúnebre, como lo hace el autor del centon margílico quebrantando abiertamente las inviolables reglas de la épica. ¿Y que diré de las secciones en que ha de tratar del proceso de su canonizacion en Roma, y de las súplicas hechas al sumo pontífice para que esponga en esta materia su juicio irrefragable? Pues la oblacion de la obra, oblacion que està por duplicado, ¿porque la hace igualmente en la seccion segunda del libro primero, y la aceptacion del V. P. Margil son cosas menos ridículas, que el resto de todo su centon? Vuelvo à decirle y jamas cesaré de repetir que la Margileida no es rasgo épico, sino rasgon de la mejor epopella que habia visto el orbe literario. Pero prosigue tú tu discurso, y acaba de decirme lo que entiendes acerca de la duracion de una accion épica. La duracion de una accion épica, le respondí yo (sin embargo de que ni Horacio ni Aristóteles hablan espresamente sobre este particular) segun el dictamen de los mejores críticos, [2] no debe estenderse à mas que un año. La de la Iliada se verifica en 50 dias; la de la Odisea en dos meses; y la de tu Eneida en cerca de un año. Siempre que leo en Horacio que entre los elogios de Homero asegura que

Nec gemino bellum Trojanum orditur ab ovo.

Semper ad eventum festinat:

entiendo que tácitamente recomienda la corta duracion de una epopeya. Toda la fábula épica debe disponerse de modo que no cueste trabajo encomendarla à la memoria. Es la relacion de una accion ilustre, grande y maravillosa, y no la historia de muchas acciones aunque todas sean heroicas.

Los episodios deben salir del fondo de esta accion, y tener con ella una conexcion tan natural, que no pueda separarse uno solo sin desfigurar enteramente todo el poema. Y esta verdad es tan clara que el insigne P. Le-Bossú no

(1) Véanse los mismos poemas de Homero, ò su análisis en D. Ignacio Luzan.

(2) Diccion. lit. *Epopée.*

no duda establecer por una regla que incontestablemente decida, si son buenos ò no los episodios el que se separen estos del poema, y se vea si queda desfigurado con esta separacion [1]. ¿Pues cuan desfigurada y monstruosa no estará, me dijo entonces Virgilio, la cèlebre Margileida de D. Bruno? En ella cualquiera pieza considerada de por si puede subsistir sin relacion à sus inmediatas. Mas claro, le dije yo, se manifiesta esta monstruosidad considerando que en el poema del Sr. Larrañaga, una parte principalísima de la accion, se puede separar de la accion misma. La vida y pasion de Jesucristo es asunto de los mas interesantes de la predicacion del V. P. Margil. En solo esto emplea un tomo entero de sermones, y sin embargo el Sr. Larrañaga asegura que *toda la vida y pasion de Jesucristo queda como si no estuviera aneja al poema.* Esto me habia hecho presumir que la predicacion no era accion sino un episodio muy malo respecto à lo que poco antes llevaba dicho. Esto igualmente me habia motivado à decir tomando un tono burlesco, que eran los episodios mas largos con *tercio y quinto que la narracion*, pues los episodios que no son anesos à la accion no son parte de la narracion épica. Y como esta predicacion de la vida y pasion de Jesucristo no es mas que una continuacion de la que habia comenzado el V. Margil, desde la seccion primera del libro cuarto, y la que proseguia hasta la quinta del libro diez, era regular imaginarme que todo ello componia una série de episodios inconesos con la accion de su poema; ¡ojalà y refleje esto mismo el Sr. D. Bruno, para que vea quien ha abusado del sagrado nombre de epopeya, y si entiende ò no lo que quiere decir episodio! En Aristóteles, dijo el aqui, tiene diversas significaciones este vocablo; pero contrayéndonos puramente à los episodios épicos, deben estos tener la misma conexcion con la accion épica, que las partes con el todo. No son los episodios agregados de la accion, son la accion misma referida con todas sus circunstancias, de manera que el poeta épico no añade episodios à la accion, sino para esplicarnos con mas propiedad, podemos decir que la episodica.

Segun esto, dije yo hablando con todo el rigor filosófico, puedo decir que la predicacion del V. Margil, no es en la Margileida accion de alguna epopeya, sino un episodio embutido como la novela del Curioso impertinente en

[1] Luzan Art. poet.

el D. Quijote de Cervantes, y la historia de Hipsipile en la Tebaida de Stacio (1), y que por consiguiente la Margileida, sin duda alguna no es un poema que carece de accion épica. Pero dándole de barato que pueda la predicacion ocupar este lugar, encuentro todavia à esta accion sumamente defectuosa, pues tengo casi por imposible que se pueda sostener una accion de esta naturaleza en toda la elevacion que ella demanda, sin poseer perfectisimamente todos los primores de la elocuencia, y agotar hasta su fondo lo mas sublime de la teologia. Cada sermon del V. Margil debe ser maravilloso y extraordinario, y todos entre sí por una parte muy diversos y por otra muy enlazados. El último ha de depender de todos los antecedentes con una conecion tan bien encadenada que no parezca sino una parte que solamente faltaba para la conclusion de todo su designio. ¿Y no echarà de ver, me dijo èl entonces, lo distante que està de poseer efectivamente estos requisitos, que son en realidad de verdad indispensables para el desempeño del poema épico que ha proyectado?

¿No habrá herido alguna vez sus oidos aquel juicioso consejo de mi grande amigo Horacio:

Sumite materiam vestris qui scribitis aequam &c.

porque las composiciones suyas que han visto ya la luz pública carecen enteramente de estilo? Los pensamientos son arastrados, las descripciones sumamente frias, las comparaciones insulsas, las espresiones bajas y todo el prospecto cansadísimo.

Con todo eso, le dije yo, tiene valor para asegurar que su Margileida es imitacion de tu immortal Eneida, (imitacion de Virgilio) y aun se ratifica que si tu resucitaras apreciarias sus centones, porque suplirias sus defectos por la dignidad del asunto. Los supliria con efecto, si por lo menos me dijo, fuera una obra que pudiera colocarse siquiera entre las medianas, sin embargo de que

Mediocribus esse poctis

Non. Dii, non homines, non concessere columnae.

Pero es todo lo contrario: tiene todos los defectos anunciados: se ratifica Aristarco en sus notas, y aun està pronto à mostrar que omitió innumerables pasages que necesitan de sufrir la vara censoria.

Pero en fin, le repliqué, lo piadoso del asunto dice que

(1) Id. lib. 4, cap. 5.

debe encubrir sus defectos, y aun hacer que se estime su Margileida con preferencia à tus obras. ¡Ola, ola! respondió, ¿lo piadoso del asunto puede servir de disculpa à las piezas mas estravagantes? ¿Porque se hable del Criador de cielo y tierra serà buena la oracion aunque esté llena de dislates? Lo sagrado mismo del asunto pide como de justicia que no lo esponga à la risa que naturalmente provocan los despropósitos. Así es, le dije yo, y no estrañarà el Sr. D. Bruno que le traiga ahora à la memoria que han sido asuntos sagrados los que se han propuesto siempre los oradores cristianos, ò bien para instruir al pueblo desde el pùpito, ò para elogiar desde ese mismo lugar el mérito de los amigos de Dios. Con todo han llegado à nuestras manos, y acaso alguna vez hemos oido sermones tan llenos de disparates, que esponian à la irrision del pueblo las verdades santas del Evangelio. Centones formaban de la divina Escritura, torciendo con una sacrilega temeridad el sentido de unas cláusulas dictadas inmediatamente por el Espiritu Santo, por el Autor original de todas las profecias, de todos los evangelios, y de toda la historia de uno y otro Testamento, obra que sin estremecerme no puedo leer en la apologia del Sr. D. Bruno, que es centónica: *la santa Biblia es centon.*

No quisiera especificar uno por uno à los innumerables escritores que profanaron de este modo el sagrado ministerio de la palabra divina, hasta obligar à un autor de mucho mérito à escribir contra ellos una sátira burlesca capaz de escarmentarlos en adelante. ¿Qué cosa mas sagrada que unos Kiries, ò el himno que diariamente canta la Iglesia en memoria de aquel con que en Belen solemnizaron los àngeles el nacimiento del Redentor? Con todo eso, ¿no se reiria el mismo Sr. Larrañaga, si à este propósito se dispusiera en forma de centon la música de las tonadillas con que en el coliseo divierte al pueblo la Gata? Tú, divino Cruzalegui, que igualmente posees la suave lira de Apolo y el juicio de un compositor filósofo, ¿permitirias, por ventura, que dislocando e invirtiendo enteramente aquellos pasos delicados de tus finisimas composiciones, disponga yo un centon músico que sirva para entonar un *Benedictus*? Lo piadoso de este designio serà capaz de disculpar una transgresion manifesta de las leyes de la armonia y preceptos de la música? Si apenas sé dibujar, ¿me serà lícito espresar mi devocion, copiando indistintamente para pintar una Vir-

gen de Dolores, varios rasgos pintorescos de los que encontrara distribuidos en los muchos lienzos de Cabrera? Pues bien sabe el Sr. Larrañaga la suma afinidad que tienen entre sí la música, la pintura y la poesía, y sabrá hacer con propiedad la justa aplicacion de estos ejemplos.

Apreciaria ver, dijo aquí Virgilio, el que tuvo el Sr. D. Bruno de los buenos poetas para componer su Margileida, por la satisfaccion con que afirma que su epopeya:

Habet bonorum exemplum &c.

Yo apreciaria lo mismo, dije à esto; y aun puedo desafiarlo à que me dé un solo ejemplar, no digo de un poeta sublime, sino de los medianos que pueda haberle servido de modelo. Puedo decir mas: que las reglas à que promete no acomodar su poema, son las únicas que hay para poderse gobernar en esta materia con acierto. No son mias estas reglas, son las comunes en todos los buenos escritores de poetica, desde el maestro de Alejandro hasta D. Tomás de Iriarte, que ha enriquecido à la nacion con el arte poetica de Horacio, en que observando rigurosamente las leyes de una traducción castellana, nos ha dado una obra que parece original.

Ahora que mientas à ese caballero, dijo aquí Virgilio, me acaba de ocurrir el aconsejarte, que preguntes al Sr. Larrañaga, si acaso gusta que se le remita la decision de de esta disputa, exhibiéndole todos los papeles que ella ha obligado à escribir. No puede dudar el Sr. D. Bruno ni la elevacion de ingenio, ni el juicio, ni la erudicion de este caballero. Entiende perfectamente la lengua latina. Conmigo se ha familiarizado tanto, que no tengo dificultad en todas mis obras que no haya allanado perfectamente. A ninguno conoce de los dos; y aun cuando los conociera, su genio superior no le permitira tomar partido por otra cosa que por la verdad. Circunstancias todas que le hacen digno de ser àrbitro en disputas aun de mayor importancia.

Yo por mí, respondí entonces, así lo tengo determinado, y me ha puesto en esta necesidad la inteligencia sinistral que han dado el Sr. D. Bruno y otros muchos à mis expresiones. Ha habido quienes digan que la envidia ha sido la que me ha estimulado. Otros que ha sido teneria mi empresa; y que la apologia del Sr. D. Bruno me deja confundido para siempre. De semejantes censores, me dijo él, debes reírte; pues bien acreditan su poca inteligencia en este particular. Yo fui el que te animé, no fué la envidia, à

que desengañaras al universo de que no ha sido tan general la aceptación que mereció el prospecto de la Margileida à este respetable público, que solo se extrañará en él la pequenez de la letra (Gaceta de Méjico n.º 27.). Así es, le dije yo, y aun me he visto tentado à publicar una epopeya para demostrar que no solo se conoce la que es mala, sino que hacemos algunos esfuerzos para hacer una que se cuente à lo menos entre las razonables.

La restauracion de la libertad de España por el grande D. Pelayo arrebató mi fantasia hasta la elevada cumbre del Pindo, y viendo allí à las nueve hermanas, y en medio de ellas à Febo, esforcé mi voz y dije:

Canta, ò Caliope! el modo en que Pelayo
Sacó à su patria del mortal desmayo
En que despues de innumerables penas,
La pusieron las lunas agarenas.
¿Qué enojo de los cielos vengativos
Hizo servir al moro de cautivos
A los que tantas veces vencedores
Habia visto la Europa? ¿Los amores
Disolutos del torpe D. Rodrigo
No pudieron vengarse sin castigo
De toda una nacion, en cuyos templos,
De castidad insigne mil ejemplos
Todo el orbe cristiano celebraba?
¿La crueldad de Witiza no se hallaba
Borrada todavia? El moro sangriento
Para estinguir el español aliento,
Del rencor agitado y de las furias,
Sus marchas dirigia hacia las Asturias.
El espanto, el horror, la tiranía
(Tremendos monstruos que con osadia
Destruir procuran el linage humano)
Escolta hacian al bárbaro africano.
La muerte incesorable su guadaña
A las reliquias de la triste España
Aplicar procuraba, sin que fuese
Capaz de que de asilo le sirviese
De las peñas de Asturias la aspereza,
Ni de tantas montañas la maleza.
Atónitas las madres sus hijuelos
Tiernamente abrazaban, y à los cielos
El clamor levantaban: ¡Dios eterno